



En viaje

Quinta 1941 — Noviembre de 1955 — Precio: 1,00

Después del paso de Los Cochinos, en que el pequeño "Lemuy" se zaramanda de lo lindo, llegamos a Ancud pasada la medianoche.

Sentimos la impresión de hallarnos en pleno invierno, porque en todo el ámbito se respira humedad. Una humedad que moja las maderas del muelle y la tierra de la calle por donde caminamos un poco a ciegas en busca de un hotel en donde alojar. Afortunadamente, lo encontramos a poca distancia del desembarcadero, y durante toda la noche hemos podido oír el rumor del océano y la estruendosa sinfonía del viento, en el cual viaja, seguramente, el misterio de las leyendas chilotas.

Es el viento que pasa por los canales; y su canción multisonora se ha confundido en más de una ocasión con la de la "Pincoya", la sirena cuya voz hace sentir su sortilega fascinación a los pescadores, cuando se extravían bajo el cielo sin estrellas de las noches oscuras. Es el mismo viento, en cuyas alas se ha mecido la "Voladora", joven hechicera que, después de dejar sus tripas en una paila, se lanza al espacio para asistir a alguna reunión en quien sabe qué lejano aquellarre. O, tal vez, para alguna fiesta que se celebra en el "Caleuche", el famoso "Buque de Arte", que echa sus anclas en alguna escondida

Chiloe

Por LUIS DURAND

De la obra recién aparecida de Luis Durand, titulada "Paisajes y gentes de Chile". Durand es uno de los cuentistas más cotizados dentro de nuestra literatura.

rada de la costa isleña. Porque en esta tierra chilota, donde existe una universidad para recibirse de brujo, todo puede suceder. El "Trauco", sátiro campesino que vive en los bosques de la isla, acechando el paso de las doncellas para robarles su virginidad, es seguramente uno de los aliados que tiene el demonio en esas tierras y conoce todos los secretos de la cábala en sus múltiples hechicerías. Y quién sabe si entre estos boteros de lento hablar se oculte alguno de esos brujos, cuyo cuerpo no echa sombra al sol.

Por la mañana, aunque estamos en los comienzos de febrero, el agua azota los vidrios de la ventana y el viento sigue rezongando en todas las rendijas. La bahía está completamente desierta. A ratos oímos el grito gemebundo de algunas gaviotas que hacen sus acrobacias aéreas un poco más allá del extremo del muelle, junto a cuyos postes se amontonan los botes solita-

rios. Lejos, muge una boya; es te lamento desolado irrita al viento, que hace sonar las ventanas y golpea con estrépito las puertas. En el horizonte, donde se junta un cielo plúmbeo con un mar gris, agoniza una inmensa tristeza. La ciudad silenciosa se encarama en la colina en la cual se extiende, pero las casas humildes buscan los repliegues para ocultarse, para defenderse de este viento que es el visitante cotidiano, pero que de pronto se marcha buscando los dilatados espacios del océano para holgar a su gusto, jineteadando la cresta de las olas rugidoras o poniendo a prueba el velamen de las barcas, que se pierden en el misterio azul o gris de los canales.

Desafiando a esta lluvia persistente, nos aventuramos por las calles, algunas con la calzada sin pavimentar, cuya tierra mojada apenas si ha sido hollada por las ruedas de un carrerón que no logra ahuyentar el silencio que impera en todo el ámbito.

Ancud, en estos días de lluvia, se cierra de puertas, y cuando alguien golpea a una, se abre sólo a medias. Pasa un fraile arrebozado en su capa negra, bajo un gran paraguas, y nos lanza una mirada de curiosidad, como diciendo: ¿qué pájaro raro será éste? Y más allá encontramos a unas mujeres envueltas en un amplio pañolón, tocadas con un sombrero de paja y con los pies desnudos. No parecen



ser pobres, pues su ropa está bien tendida y limpia. Es una de las costumbres de la isla. El zapato, constantemente mojado, debe ser aquí, más bien, una molestia que una comodidad. Junto al quicio de una puerta, para guarecerse del agua, hay una docena de pequeñuelos que esperan que ésta se abra para entrar a comprar "El Peneca". Mientras aguardan, comentan con gran animación las últimas incidencias que les han ocurrido a Quintín el Aventurero, o a unos niños huérfanos que un malvado conde desea secuestrar. Esperamos con ellos dispuestos a leer "El Peneca", si es que no hay otra clase de lectura con la cual disipar el tedio de este día que nos arrinconca con su desgana y persistente lluvia.

Por fin se abre la puerta. La dueña de la librería es una vieja de rostro avinagrado, que pone un centinela en la puerta para defenderse de los muchachitos que pretenden entrar en grupo hacia el interior. La de la puerta conmina:

—Di a uno no más se puede pasar.

La otra, entre una estantería desierta y un ancho mostrador, gruñe apenas se asoma la carita ansiosa de uno de los chicos.

—¿Trais sencillo? Al que no trae sencillo no se le vende. Lo saben demasiado y les carga...

Nos vamos con una revista argentina debajo del brazo, cuya aparición data de un mes atrás. La señora nos ha dicho:

—Y dese a santo que se la vende. Porque estas revistas son para los creyentes.

Afortunadamente, por la tarde el sol descorre el espeso cortinaje de nubes, y entonces todo el paisaje sonríe con un leve matiz delicado y tierno. Un cielo de turquesa y un mar verdoroso alejan el horizonte, que es ahora una orla tenue y casi indecisa. Salimos a caminar, y al pasar por algunos jardines, percibimos un aroma tibio y húmedo a la vez.

En lo alto de un pequeño cerro está el convento de San Francisco. Tiramos el cordón de la campana y, después de largo rato, cuando ya nos disponíamos a marcharnos, nos abre la puerta un fraile robusto de acogedora sonrisa.

Le preguntamos:

—¿El padre Herrera?

Sonríe con cierta tristeza y, alzando los ojos nos contesta:

—Tienen que esperar un poco para volverlo a ver. Mora en



la paz infinita del reino de Dios.

Nos invita a sentarnos. Por una alta ventana entra un sol rubio, un sol que tiene algo de poeta, porque allí donde pone su inquieto resplandor deja una huella de irrealidad, de ensueño. Es un enorme caserón este de San Francisco. Nos regala, después de un rato de conversación, con un traguito de licor de fram-buesas.

—¿Son muchos los padres de este convento?

—Por ahora soy el único —nos dice con desencantada sonrisa—. En estos tiempos son muy pocos los jóvenes que se interesan por hacer una vida que trata de parecerse a la del pobrecillo de Asís. Nos vamos quedando cada vez más solos. Muy solos. Ahora ni siquiera los chilotes quieren ser frailes.

Nos lleva a conocer su casa. Es enorme. Entramos en la iglesia inundada de sol, de este sol austral, rubio y aristocrático, como un gran señor que no puede cambiar sus maneras. Brillan como el oro los barnices de la madera de ciruelillo, en la sillería del coro. Y después, cruzamos un recoleto rincón, donde se oye arrullar a las palomas. Más allá, una huerta que despidе un intenso aroma vegetal. Lechugas, coles frondosas, rojas betarragas. Una arboleda de manzanos y ciruelos, donde las hojas producen un melancólico rumor.

En la puerta nos despidе:

—Vayan ustedes con Dios.

Así lo deseamos. Y mientras bajamos la pequeña ladera, unas campanadas armoniosas, claras,

se nos antojan pájaros que vuelan a través de la atmósfera transparente.

Caminamos por una senda enjuta en dirección al río Pudeto. El camino está bordeado de chillcales, cuyas florecillas rojas y azules asoman como una tímida sonrisa entre el verdor de las apretadas hojitas brillantes. Pasamos por una gran quinta, cuya tierra está poblada de árboles frutales. Entre las hojas se ven las manzanas coloradas y amarillas. De buenas ganas nos entraríamos a robarnos algunas. Pasa un hombrecillo cargado con un haz de ramas. Le preguntamos si se podrá comprar fruta allí.

—¿Y a quiénes? —nos responde—. Los dueños se murieron. Está todo solo y abandonado.

—¿Quiénes son los dueños?

—Eran el señor Etchevers.

Extrañados por el plural, inquiremos:

—¿Y quiénes más?

—Nadien más. Los herederos viven más allá de Santiago. En Chile...

—Gracias, hasta luego.

—Hasta más luego.

Entre unos altos ulmos que parecen inmensas macetas de flores blancas, bordonean las abejas. Silban, entre los manzanos, los zorzales, únicos dueños de aquel tesoro. El sol relumbra en los vidrios de la galería, en la casa de esa quinta abandonada. ¿La habitará un brujo ahora?

L. D.